

LOS HEREDEROS DE «TANGENTOPOLI»¹

Lejos de estar en los márgenes de Europa, Italia ha estado con más frecuencia en su centro. El fascismo nació en Milán en 1919 y accedió al poder por primera vez en Roma en 1922. La resistencia antifascista durante la Segunda Guerra Mundial fue un movimiento de una profundidad y una fuerza extraordinarias (1943-1945). Más tarde, la República italiana creó un sistema pluripartidista sin parangón en la historia mundial, con subculturas políticas que extendieron sus tentáculos perforando las esferas de la sociedad civil, la economía y la cultura. El «largo mayo» italiano fue sin duda el más radical, el más interesante y, al final, el más violento de la Europa de 1968. La economía italiana —con la «especialización flexible» de la «tercera Italia» y sus regiones industriales— proporcionó un modelo posfordista ampliamente estudiado por economistas y sociólogos. Políticaicamente, en la década de 1980, Bettino Craxi se anticipó a Blair, confeccionando una nueva política carismática socialdemócrata que rompió con los símbolos (la hoz y el martillo) y con los intereses materiales (la indexación de los salarios) de la clase obrera industrial. Craxi, reducido a la altura de sus botas corruptas, inventó el blairismo, incluido el aplastamiento de la democracia interna del partido en el una vez orgulloso y polémico Partido Socialista.

De las cenizas de Craxi vino Silvio Berlusconi: el hombre más rico de Italia, magnate de los medios de comunicación, miembro de la logia P2 masónica (número 1.816) y maestro de las ventas. Berlusconi reinventó la política, deshaciéndose de las viejas estructuras —partidos con miembros, secciones, campañas electorales, manifiestos, reuniones— y utilizando su experiencia en los negocios para anunciar un producto político: él mismo. En 2002, con Berlusconi firmemente en el poder (primer ministro y ministro de Exteriores al mismo tiempo), Italia se ha convertido una vez más en centro de atención mundial, en un escenario marcado por la

¹ Paul GINSBORG, *Italy and Its Discontents, Family, Civil Society, State, 1980-2001*, Londres, Penguin, 2001.

actuación de la policía en la cumbre del G8 celebrada en Génova, el desplazamiento hacia un euroescepticismo oficial acompañado de una legislación abiertamente racista y la misteriosa muerte de un consejero del gobierno, Marco Biagi, según la versión oficial a manos de una nueva división de las Brigadas Rojas.

Italy and its Discontents de Paul Ginsborg es la continuación de su ampliamente aclamada *History of Contemporary Italy*. Elegante y en ocasiones divertido, su nuevo libro es probablemente la mejor aproximación a los últimos veinte años de la historia política italiana. Su combinación de micro y macrohistoria es a menudo brillante y su relato de la crisis espectacular que sacudió el país llevándose por delante a la vieja clase política al final de la década de 1990 es lúcido y absorbente. Un vivo panorama de la sociedad italiana emerge, sin caer en la demonización ni en el elogio. A diferencia de su magistral predecesor, este volumen se organiza temáticamente y comienza con una especie de disculpa, dado que Ginsborg describe su trabajo como «en parte historia, en parte discusión política, en parte observación participante» (él mismo ha jugado un papel destacado en los debates de la izquierda y en las movilizaciones contra Berlusconi de los últimos meses). Es cierto que esta vez Ginsborg se adentra en territorios que a veces no son los suyos y donde no siempre se encuentra cómodo. Pero esta voluntad de asumir los riesgos forma parte del mérito de su empresa. Es este un libro importante, y la mejor manera de abordarlo es atendiendo a sus temas principales.

La familia –como unidad económica, política y cultural– está en el corazón del análisis de Ginsborg, como estaba en *A History of Contemporary Italy*. Una vez más, encuentra en el familiarismo italiano rasgos positivos de solidaridad y comunidad y tendencias negativas de conservadurismo, racismo e insularidad. Ginsborg hace un esfuerzo por explicar por qué este lazo ha dominado todas las demás lealtades, en términos de lo que él llama la deformada relación entre el ciudadano y el Estado. A través de los tiempos, sostiene, los italianos han desarrollado una actitud clientelar hacia el Estado basada en una noción de intercambio: el Estado se percibe como una fuerza hostil (no menos que como un codicioso recaudador de una compleja y fastidiosa fiscalidad), pero también como un potencial tarro de miel de recursos de todo tipo. Este nexo es en parte el resultado de una utilización instrumental del Estado por parte de políticos e intereses financieros a lo largo de toda la historia italiana, pero también es la expresión antropológica del familiarismo generalizado.

Surge entonces una pregunta: ¿quién empezó todo esto y cuándo? ¿Necesitamos realmente irnos hasta la Edad Media para encontrar la respuesta, como Robert Putnam ha hecho tan maravillosamente? La siguiente pregunta es: verdaderamente, ¿cómo puede afirmarse una separación nítida de intereses entre el ciudadano y el Estado si partimos de que casi todos los ciudadanos tienen algún tipo de interés directo en la máquina estatal? No hay duda del acierto de Ginsborg al criticar a la clase política por no

haber reformado la administración pública desde la Segunda Guerra Mundial; pero tampoco ha habido nunca una gran presión desde abajo para que dicha reforma se llevara a cabo. La revuelta de las ligas que proliferaron en el norte del país, suscitada por el sistema fiscal en la década de 1980, nunca despegó como una dinámica de protesta, y cuando éstas alcanzaron el poder, se dividieron el pastel del sector público de modo muy parecido al resto de partidos.

Quizá sea necesaria una revolución cultural –no precisamente inminente– para desplazar la geología subyacente de este callejón sin salida. Podría sostenerse que el Estado italiano ha estado sumergido en una crisis de legitimación desde la unificación del país en 1860 y que las raíces de esta desconfianza generalizada hacia la autoridad y la connivencia con la ilegalidad de todo tipo se remontan al Risorgimento. Ginsborg escribe de modo elocuente sobre el estado desastroso de los servicios públicos de la Italia de hoy. Pero hay que decir que, comparadas con sus homólogos del Reino Unido, muchas de estas agencias –incluyendo los ferrocarriles e incluso el infame servicio postal– pueden parecer modelos de eficiencia, humanidad y atención al cliente. Por otro lado, el loable intento de Ginsborg por encontrar resquicios de esperanza en el muy desacreditado sector público italiano le ha llevado a aceptar la gestión irregular del Banco de Italia, que no merece tantos elogios, y el saludable impacto de la integración europea. Sin embargo, contemplado a posteriori, la unión monetaria parece ser cada vez menos significativa dentro de las amplias tendencias que han marcado la gestión financiera pública en Italia desde la unificación. Las elites económicas y políticas italianas parecen perfectamente capacitadas para salir adelante al viejo estilo a pesar de Maastricht.

Ginsborg encuentra otra fuente de esperanza en el futuro en lo que él llama las «clases medias reflexivas» que forman, en su opinión, un archipiélago de «minorías virtuosas» dentro de la sociedad italiana. ¿Quiénes son? De acuerdo con Ginsborg, además de parte de quienes dedican su tiempo al vasto sector del voluntariado italiano (a menudo vinculado con la Iglesia), la mayoría de quienes trabajan en las profesiones del sector público «educativo»: maestros, profesores universitarios, trabajadores del sector sanitario, intelectuales. Lo que no termina de quedar claro es lo que une a estas personas: ¿un sentido del Estado (pero qué Estado), valores ecologistas, el rechazo del consumo y del hedonismo de masas? Más en concreto, ¿son las «clases medias reflexivas» simplemente quienes votan al centro-izquierda, antes que al centro-derecha? Para Ginsborg «en lugar de haber sido arrastrada por los ritmos intensos, el enriquecimiento y el consumo material del mundo moderno, esta clase media ha mostrado una creciente conciencia de los peligros globales, de los daños causados por el consumo irresponsable en la calidad de la vida cotidiana y de los vínculos entre las elecciones privadas y sus efectos públicos».

Ginsborg ha sido muy criticado en Italia por su concepto de clases medias reflexivas. Es evidente que el país tiene un abultado grupo de profesio-

nales bien cualificados en el sector público, que ha producido algunas de las mejores escuelas del mundo y la más avanzada investigación sanitaria de Europa. La educación de masas ha tenido un impacto genuino y significativo en la sociedad italiana. Pero tales logros (localizados principalmente, aunque no exclusivamente, en las regiones «rojas» de Toscana, Emilia, Las Marcas y Umbría) realmente no convierten a estos empleados en un grupo con un proyecto político coherente. Generalmente, en su mayoría forman parte de la parasitaria máquina estatal (con todos sus privilegios obtenidos políticamente: pensiones familiares, una amplia gama de derechos profundamente arraigados en comparación con el sector privado, ausencia de responsabilidad democrática) al igual que otros empleados públicos. Ginsborg reconoce todo esto en su crítica sin cuestionar los niveles básicos del sistema de enseñanza, pero restando valor a las universidades italianas. Pero incluso razonando en sus propios términos, las clases medias reflexivas están severamente limitadas en su número. Podría llegar a decirse que la visión de Ginsborg es una perspectiva muy toscana. Visto desde Milán, donde el 35 por 100 de la población vota a Forza Italia, y el 65 por 100 marca sus papeletas a favor de Marcello Dell'Utri, el secuaz siciliano de Berlusconi acusado de estar relacionado con la mafia, el estrato medio ilustrado tiene algo de quimera. ¿Dónde están? Ni en Lombardía ni en el norte, donde se radica la fuerza electoral, social y cultural de Berlusconi. Aquí, capas de *yuppies* absorben con entusiasmo los valores consumistas. Berlusconi ha proyectado este mundo, pero también ha contribuido a generarlo a través de su imperio televisivo. El modelo milanés ha dominado Italia, económica y culturalmente, desde los primeros años de la década de 1980, produciendo una forma de política que está perfectamente a tono con el hiperindividualismo de la economía de servicios del norte (moda, diseño, microservicios, miles de negocios con «un» solo empleado); un hervidero de *Berlusclones*.

Una cuestión clave para cualquier historiador u observador de la Italia contemporánea es entender por qué las culturas «reflexivas» han sobrevivido en algunas partes de Italia central (aunque incluso aquí, en Bolonia, venciera el centro-derecha en 1999 y Parma sea ahora uno de sus baluartes) y difícilmente se registren en otros lugares (fuera de escasos guetos culturales). Resulta significativo en este marco que Italia —a diferencia de Francia, el Reino Unido o Alemania— nunca haya producido un movimiento verde digno de este nombre. Los Verdes italianos constituyen un rescuio político que nunca ha tenido mucha influencia en la política nacional o cultural (al margen, quizá, de contribuir a bloquear la energía nuclear). La destrucción de gran parte de los hermosos campos de Italia desde 1945, y el creciente predominio de los coches que ha convertido a Italia en uno de los países más contaminados y peligrosos en el mundo occidental para conductores y peatones, ha sido una de las consecuencias más trágicas de su falta de reflexividad.

Al mismo tiempo, el colapso de la izquierda tradicional en sus antiguos bastiones del norte del país ha sido una de las tendencias más dramáti-

cas de los últimos veinte años, paralelamente a la desaparición virtual de aquellas grandes industrias que una vez sostuvieran a una clase obrera comunitaria, radical y solidaria. Aquí reside la transformación clave que se ha producido durante las décadas de 1980 y 1990. Incluso así, al concentrarse tan intensamente en lo que él toma por ser un benigno sector de la clase media, Ginsborg puede arreglárselas para eliminar a la «vieja» clase obrera *tout court* como posible protagonista político de la Italia contemporánea. En Italia, los derechos laborales todavía se encuentran entre los más avanzados del mundo: su defensa llevó a tres millones de personas a las calles de Roma a principios de este año, a lo que siguió la primera huelga general desde la década de 1980.

El relato que hace Ginsborg de los últimos veinte años de descontento en Italia alcanza su clímax en el escándalo de corrupción de *Tangentopoli* (1992-1993) y la batalla contra la mafia librada en ese mismo periodo. Ginsborg, como muchos otros en aquellos momentos (incluido yo mismo), se llenó de emoción ante el aparente poder de los magistrados de Milán para quitar de en medio a toda una clase política prácticamente de la noche a la mañana. En aquella época se tenía la sensación de una revolución. Diez años más tarde, el impacto de *Tangentopoli* se parece más a una anomalía pasajera de la historia. El apoyo activo a los jueces fue siempre la tarea de una reducida minoría de intelectuales. La aplastante derrota en junio de 1993 de Nando Dalla Chiesa –hijo del general de los *carabinieri* asesinado por la mafia en Sicilia y cabeza de la cruzada contra la corrupción– en la segunda vuelta de las elecciones para ocupar la alcaldía de Milán por un candidato de la Liga Norte puso el punto final a la fase «revolucionaria» de *Tangentopoli*. El 3,9 por 100 que votó por el ex magistrado Di Pietro en las elecciones nacionales de 2002 es una clara demostración del alcance del apoyo al activismo judicial hoy en día.

Además, *Tangentopoli* fue una «revolución incompleta» incluso dentro de sus propios términos. Muchos de los viejos oligarcas de la Democracia Cristiana –a menudo las peores secciones dentro del partido– sobrevivieron al final de la propia DC, reciclándose dentro de Forza Italia o de la posfascista Alianza Nacional, mientras los sectores más «ilustrados» terminaban en el centroizquierda. Los peligros de poner la devoción política de uno en un grupo de jueces se han ido haciendo cada vez más evidentes. Los enormes poderes otorgados a los jueces instructores en Italia, recogidos en la Constitución de 1948 y en las reformas judiciales de 1989, fueron utilizados (en general) para fines positivos en el periodo comprendido entre 1992 y 1994. Pero muchas personas inocentes se vieron atrapadas en una caza de brujas lanzada súbitamente por los vampíricos medios de comunicación que cuando se trata de cuestiones de crimen y castigo no conocen barreras. Italia es un país donde las potestades judiciales antes del juicio son mínimas: los pinchazos telefónicos se filtran asiduamente y aparecen publicados en periódicos y revistas, los programas de televisión discuten en detalle acerca de los culpables o de aquellos otros implicados en los procesos, y hasta el último gato es llamado a debatir los

méritos de las investigaciones judiciales. Durante *Tangentopoli*, los jueces de Milán hicieron un uso «discrecional» de la prisión preventiva, generalmente para obtener confesiones lo antes posible que seguidamente incriminaran a otras personas. En Italia los magistrados instructores se nombran por concurso público, lo que permite la existencia de un cuerpo judicial que emerge de la sociedad civil y que elude las restricciones por razón de la clase social. Pero la casta en su conjunto es muy buena protegiendo sus propios derechos: los magistrados instructores no pueden ser destituidos ni llevados ante los tribunales, su promoción es más o menos automática y son responsables exclusivamente ante un órgano semiautónomo conocido como el Consejo Superior de los Magistrados. Esta falta de responsabilidad democrática ha permitido a Berlusconi adoptar el papel de reformador legal, aunque su deseo de venganza y de conseguir la inmunidad para sus turbios negocios particulares sea palmariamente obvio.

La idea –respaldada por gran parte de la izquierda en la década de 1990, especialmente durante el primer periodo del gobierno de Berlusconi en 1994– de que los jueces sacarían el conejo del sombrero que provocaría su caída era igualmente una concepción extremadamente perjudicial que contuvo a la izquierda de enfrentarse seriamente al enorme conflicto de intereses que define la posición de Berlusconi, al mismo tiempo líder político y magnate de los medios de comunicación. El hecho de que la izquierda se encuentre ahora atrapada en la defensa de un cuerpo corporativo cuyos poderes exceden sobradamente los de la judicatura en otros países, como medio para debilitar a Berlusconi y a sus aliados, revela su completa falta de estrategia política. Los escándalos de corrupción tienen ahora un impacto político mucho menor del que tenían hace diez años, en parte gracias a la reiteración constante de las alegaciones de Berlusconi sobre una conspiración, pero también por los abusos y errores reales que han cometido algunos jueces y por el exceso de condenas sin elementos de incriminación suficientes. La suerte de Adriano Sofri es emblemática. La defensa tenaz de su condena de asesinato por la judicatura milanesa (incluido el héroe de Ginsborg, el juez Borelli) sin un rastro de prueba más allá de las contradictorias declaraciones indirectas de un desacreditado informador (que ahora se halla libre y lleva su negocio de crepes para los navegantes toscanos, mientras Sofri languidece en la prisión de Pisa) es solamente el ejemplo más célebre de la defensa corporativa de la injusticia flagrante. Tampoco queda claro por qué nadie ha pedido cuentas sobre la malversación de los fondos políticos del antiguo bloque soviético: en unos tiempos en los que los trabajadores del Este hacían colas para conseguir pan, el PCI era capaz de pagar a cientos de funcionarios del partido a jornada completa. Otras cuestiones también necesitan ser respondidas. ¿Por qué la Fiat escapó tan alegremente de los procesos anticorrupción? ¿Cómo consiguió Benedetti, el propietario de la Olivetti –y también, y quizá más importante, de los dos pilares del centro-izquierda en los medios de comunicación, *La Repubblica* y el *Espresso*– salvarse de una investigación más exhaustiva?

Por otro lado, en Sicilia se levantó contra la mafia un genuino movimiento social, lo que se expresó en el extraordinario trabajo histórico y de investigación de magistrados como Giovanni Falcone (el otro héroe del libro de Ginsborg). Por primera vez en la historia de Italia, el Estado comenzó a defender la legalidad, la honestidad y la solidaridad, en una lucha común en contra de las extorsiones asesinas dirigidas por la mafia. Incluso los policías se convirtieron en héroes populares. A pesar de ello, este movimiento social nunca recibió la confianza suficiente por parte de la izquierda oficial (que después lo abandonaría apresuradamente), cuando Sicilia permanecía –social y culturalmente– poco transformada. El fracaso de los magistrados a la hora de asegurar la condena de Giulio Andreotti por los cargos de asociación con la mafia –a pesar de que se contaba con muchas más pruebas de las que se dispuso en otros muchos casos– era una señal de los tiempos que corrían. El último paso hacia la destrucción de esta genuina sociedad civil llegó con las elecciones del último año, cuando el centro-derecha obtuvo el total de los 61 escaños en Sicilia, un triunfo del que no pudo disfrutar ni siquiera la DC en la cima de su poder.

Ginsborg es extraordinariamente agudo sobre las corrupciones y las ineficiencias de cada día presentes en la sociedad italiana, pero presta menos atención a una de las más profundas transformaciones experimentadas en el país y en su economía. Desde mediados de la década de 1970, aproximadamente dos millones de extranjeros han llegado a Italia. La mayoría trabaja en el mercado «negro» del sector servicios –restaurantes, limpieza, cuidado de niños y de personas mayores– que sirve al rico y mimado mundo que se identifica con Berlusconi. Pero muchos también encuentran todavía trabajo en las fábricas. Los trabajos en las fundiciones de acero en el campo de Brescia –que una vez fuera baluarte del PCI– están ahora abrumadamente desempeñados por norteafricanos. Este tipo de inmigrantes está empezando ahora a organizarse y a exigir sus derechos. Todo lo cual ha ido acompañado por la emergencia, por primera vez en Italia, de un racismo político (aunque el «racismo» hacia los habitantes del sur del país haya estado ahí durante más de una centena de años).

Esta nueva situación puede compararse a la del Reino Unido en la década de 1970, cuando las respuestas ideológicas a la crisis económica y social se concentraron alrededor de la «raza» y el «orden». La obsesión por los asaltos, analizada por Stuart Hall en *Policing the Crisis*, encuentra hoy su equivalente en Italia en las interminables discusiones sobre *microcriminalità*. Este tema ha empezado a dominar la vida diaria y la arena política en el momento en el que se entretejen los movimientos migratorios y la crisis urbana. La respuesta de las autoridades ha sido, básicamente, débil y represiva simultáneamente: débil a la hora de combatir los estereotipos que etiquetan a los inmigrantes como criminales, represiva cuando se responde a los temores locales con arrestos masivos y con la creación de centros de detención. En el Reino Unido, este proceso contribuyó a engendrar un nuevo proyecto hegemónico –el thatcherismo– que iba a transformar la sociedad británica en todos los ámbitos. En Italia, el resul-

tado puede perfectamente ser diferente, pero los requisitos previos para una versión italiana del thatcherismo (al menos en las esferas de la ley y el orden y en el comportamiento policial) están sobre la mesa.

La Liga Norte de Umberto Bossi ha asumido la tarea de atizar la nueva xenofobia. Cuatro ministros del gabinete actual son de la Liga, los cuales si se dan las circunstancias pueden superar al mismo Le Pen. Como ocurrió en una fiesta en la que sus militantes han abogado por arrojar a los inmigrantes de los aviones o deportarles en trenes o por la castración de los que estén acusados de violación. Pero es sorprendente lo indiferente que ha sido la reacción europea a la presencia de la Liga en el gobierno si se compara a las airadas protestas contra Haider en Austria. Una reciente ley obliga a todos los inmigrantes no europeos a dejar sus huellas cuando solicitan su permiso de residencia. Las empresas italianas necesitan desesperadamente su trabajo, y no es casual que parte de la oposición más fuerte a esta nueva ley provenga de la federación de la patronal italiana. Pero está claro qué dirección llevan los vientos. En la Italia profunda del sur, cada noche se libra una guerra contra la inmigración en el Adriático. Probablemente nunca sabremos cuántos miles de albaneses han entrado en Italia utilizando lanchas neumáticas motorizadas desde 1990 o cuántos de ellos se han ahogado mientras lo intentaban.

Si el tratamiento de Ginsborg a las dinámicas de la inmigración es demasiado lateral, podríamos decir que tampoco le impresionan suficientemente los efectos a largo plazo de la propaganda regionalista de la Liga Norte. Bossi ha sido forzado a retractarse de su proyecto de una nueva nación en Padania, pero lo que ha hecho ha sido alterar su panorama político y cultural, incluso para aquellos que cuestionaban acaloradamente el federalismo. El poder político real en Italia ahora descansa en los presidentes regionales, quienes gobiernan una vasta fuente de recursos y, en Lombardía o el Véneto, una riqueza industrial que excede la de muchos pequeños países europeos. Éste ha sido el cambio institucional más importante de la pasada década, y sus consecuencias para la democracia italiana aún están por ver.

Italy and Its Discontents se cierra con unas notas desconcertantes. Ginsborg dedica menos de cuarenta páginas al periodo abierto después de 1994, cuando el centro-izquierda estuvo en el poder. En estas páginas presta escasa atención a la guerra de los Balcanes, la primera participación italiana en un conflicto europeo importante desde 1945, algo que Ginsborg juzga positivamente sin señalar que Italia no hizo ningún movimiento para intervenir cuando serbios, croatas y bosnios estaban masacrándose mutuamente a un paso de sus fronteras desde 1992. Reconoce que el balance somero de los gobiernos de Prodi y de D'Alema es flojo, pero no explora la experiencia de aquellos años con profundidad y nos deja con la incógnita sobre la actual restauración de Berlusconi. Hoy es costumbre referirse al gobierno actual de centro-derecha como *régimen*. El término probablemente exagera la capacidad que puede tener hoy ninguna fuer-

za (incluso cuando aparece asociada a vastos intereses económicos, como es el caso de Berlusconi) para imponerse sobre la sociedad italiana en su conjunto. La Democracia Cristiana gobernó Italia durante casi cincuenta años, afincada en el conocimiento de que era virtualmente imposible para ella perder jamás unas elecciones (y que si ello sucediera, Estados Unidos no dudaría en intervenir). Esto era un régimen, en sentido real. Berlusconi no es un demócrata y no se le debería haber permitido convertirse en primer ministro. Pero los anticuerpos dentro de Italia son fuertes, y desde su victoria masiva en 2001 el centro-derecha ya ha mostrado signos de fragilidad. Berlusconi puede adorar a Thatcher, pero no tiene el mismo brío. A pesar de todo, si va a ser derrocado, no lo será por los jueces, sino por una reanimación de los sindicatos y por unos movimientos sociales combativos; algo en lo que Italia fue tan rica una vez.